

Primeramente los republicanos radicales no admitían en principio que un Presidente fuese elegido dos veces consecutivas. Cuatro años de poder les parecía período suficiente y pedían que el Congreso votara una adición á la Constitución, en este sentido, y que se sometiese á la voluntad del pueblo.

En cuanto á la política de Lincoln, los radicales la encontraban falta de energía respecto al exterior, ante las usurpaciones de la Francia en Méjico; y respecto al interior, pobre en las medidas empleadas para dominar al Sud, y le creían demasiado clemente después de la victoria.

No habrán olvidado nuestros lectores lo que en otro lugar hemos dicho sobre las miras de la política americana tocante á Méjico y á la América Central. La guerra civil había permitido al Gobierno de Napoleón III llevar á cabo una empresa que podía ser un golpe mortal para la doctrina de Monroe. El 10 de Abril, el archiduque Maximiliano recibía en Miramar á una diputación que iba á ofrecerle la corona de Méjico; desembarca en Veracruz, y el 29 publica su mensaje, verdadero desafío al pueblo de los Estados Unidos. El Gabinete de Lincoln se creyó, por entonces, obligado á usar de prudencia en interés de la causa que sostenía, para no dar lugar, á que al favorecer á Juárez con el apoyo de los federales, los ejércitos franceses prestaran toda su ayuda á los confederados.

El pueblo que se resiente inmediatamente de las injurias á su país, no se conformaba con la prudencia; la opinión de las masas estaba, sobre este punto, vivamente excitada y expresaba sus sentimientos contra la Francia, en los términos que más podían herir su amor propio nacional.

«No se pasa semana, dice M. Duvergier de Hauranne, sin que se lea en los periódicos la relación, verdadera ó falsa, poco importa, de alguna derrota humillante ó de alguna cobardía de los franceses; es el pasto que reclama el patriotismo del lector americano. Abrid *The Times* ó *The Herald*, de Nueva York, *The Tribune*, de Chicago, *The Enginier*, de Filadelfia, ú otra cualquiera sencilla *Gaceta* de provincia, y raro es no encontrar en la primera página después del obligado anuncio de una victoria, y á falta de ésta, la pomposa noticia de algunos ardientes detalles sobre las últimas batallas, en letras gruesas:—«Méjico.—Desastre de los imperiales.—Triunfo del general republicano Fulano de Tal.—Huída de Johany-Crapeau (apodado puesto á los franceses, imaginado sin duda para colocarlo frente á frente de John Bull, como la rana que quisiera imitar al buey). Las insignificantes

escaramuzas se anuncian como gloriosos hechos de armas. El efecto consiste en que la lectura del texto esté en contradicción con el título que llama la atención; las grandes letras colocadas en la primera página, han de destruir siempre las noticias que se den en caracteres pequeños, ilegibles en la última.» Ultimamente decía al frente de uno de sus números *The Chicago Times*: «La derrota de los franceses continúa», cuando, al contrario, explicaba que unas guerrillas mejicanas habían sido dispersadas por una patrulla de caballería francesa.»

Por esta relación fiel, puede verse la sombra que hacía al pueblo americano la empresa de la Francia contra Méjico. También el manifiesto—ó platform como se llama en los Estados—de la Convención de Cleveland, estaba cierto de hallar eco en todos los corazones, declarando que la política nacional conocida con el nombre de doctrina de Monroe, había sido reconocida por todas las potencias y que el establecimiento de un gobierno antirrepublicano, en el continente de América, no podía ser tolerado por el Gobierno de los Estados Unidos.

He aquí las resoluciones del partido radical sobre política interior:

- 1.º Se mantendrá la Unión federal.
- 2.º La Constitución y las leyes de los Estados Unidos deben ser observadas y obedecidas.
- 3.º La rebelión se someterá por la fuerza de las armas y sin compromisos.
- 4.º La palabra, la prensa y el individuo libres (*habeas corpus*) son inviolables, excepto en los distritos donde esté proclamada la ley marcial.
- 5.º La revolución ha destruído la esclavitud y debe modificarse la Constitución con una enmienda que prohíba su restablecimiento y asegure la igualdad de todos los hombres ante la ley.

No era grande la diferencia en el fondo sobre estos puntos, entre el programa de los radicales y el de los republicanos moderados; pero no se asemejaban en los artículos del manifiesto, relativos á la reconstrucción de los Estados separados y al castigo de los rebeldes. Estos artículos estaban concebidos así:

11. La obra de la reconstrucción de los Estados rebeldes, pertenece al pueblo, por mediación de sus representantes en el Congreso, y no al Poder Ejecutivo.

12. La confiscación de los bienes de los rebeldes y el reparto de estos bienes en las soldadas y los poseedores actuales, es un acto de justicia.

La política de Lincoln era más clemente, y el partido republicano participaba de los sentimientos de Lincoln.

La Convención radical había escogido como candidatos, para la presidencia, al general Fremont; para la vicepresidencia, al general Cochrane. Los dos aceptaron el manifiesto de Cleveland, exceptuando,—dígámoslo en honra suya,—el artículo 12 relativo á la confiscación; Fremont lo rechazó completamente y Cochrane se remitió á la prudencia del Congreso, cuando llegara la hora de ocuparse en las leyes de reconstrucción.

La política interior del partido radical no halló eco alguno en el país, y no tardaron sus dos candidatos en retirarse de la arena electoral, en cuanto se convencieron de que la gran masa del pueblo se dividiera entre los republicanos unionistas y los demócratas partidarios de la paz. El martes 7 de Junio, se reunió en Baltimore una nueva Convención nacional, con el nombre de *Unión nacional convención*, en la que se hallaban representados todos los Estados que no estaban en abierta rebelión.

Esta asamblea se adhirió á la política seguida por Lincoln, y la resumió en términos precisos y enérgicos en un manifiesto que dirigió al pueblo leal de los Estados Unidos.

«Dejando á un lado todas las divergencias de nuestras opiniones políticas, nos alistamos como ciudadanos de la Unión, animados por un sentimiento común y dirigiéndonos al mismo fin, para hacer todo cuanto esté de nuestra mano para ayudar al Gobierno en su tarea de someter por la fuerza de las armas la rebelión levantada contra su autoridad, é imponer á los rebeldes el castigo debido á sus crímenes.

«Aprobamos la determinación tomada por el Gobierno de los Estados Unidos, en que se obliga á no entrar en compromisos con los rebeldes, y no escuchar palabra alguna de paz antes de su sumisión incondicional, y su vuelta á la obediencia de la Constitución y de las leyes de la Unión; pedimos que se conserve firme en sus resoluciones, que prosiga la guerra con mayor energía hasta la muerte de la rebelión; le garantizamos confianza en el patrimonio de la patria pronta á todas las abnegaciones y á todos los sacrificios para salvar al país y las libres instituciones.

«La esclavitud ha sido y constituye aún la fuerza de la rebelión; debe ser en todo y por todo hostil á los principios del Gobierno republicano, á la justicia social y á la salud de una nación: en consecuencia, pedimos que se extirpe por siempre de nuestro suelo, y aprobamos sin reserva la proclamación de emancipación por la cual el Gobierno

ha dado un golpe de muerte á esa gigantesca plaga.

«Nosotros prestaremos nuestro concurso á toda enmienda á la Constitución que tienda á prohibir por medio del voto popular la existencia de la esclavitud en los límites de la jurisdicción de los Estados Unidos.

«Aprobamos la prudente y desinteresada política de Abraham Lincoln, aplaudiendo su constante fidelidad á la Constitución, su patriotismo, su amor hacia las verdaderas libertades americanas, reconociendo que en los momentos de dificultad sin igual en que se ha encontrado, ha cumplido todos los deberes de su cargo y ha puesto á cubierto de todo ataque su responsabilidad presidencial.

«Aprobamos y reconocemos (*we approve ourselves*), como exigidos por las circunstancias y como esenciales para la salvaguardia de nuestras instituciones, los actos del Presidente, y las medidas que ha tomado para defender á la nación contra sus enemigos declarados y secretos, especialmente la declaración de emancipación de los negros pertenecientes á rebeldes y el declarar soldados de la Unión á los hombres libertos. Nuestra confianza en Lincoln es completa y esperamos usará de todos sus poderes y empleará todos los medios necesarios para llevar á cabo su obra y salvar la patria.»

El manifiesto de Baltimore recomendaba también la unión de todos los espíritus, integridad y economía en la administración de la fortuna pública, protección para los emigrados, humanidad para con los prisioneros de guerra, gratitud hacia los soldados obligados al servicio, respeto á los empréstitos contratados bajo la palabra de la nación, etcétera, etc.

Respecto á los asuntos de Méjico, la Convención republicana-unionista está tan enérgica en el fondo como la Convención radical; pero se expresa en términos más diplomáticos. Aquella decía que el pueblo americano no podía tolerar la conquista empezada por Francia en el continente de América, despreciando la doctrina de Monroe. Los republicanos tomaban su lenguaje del lenguaje del Gabinete Lincoln.

«Aprobamos, dice el manifiesto, la posición en que se ha colocado el Gobierno, que declara que el pueblo de los Estados Unidos no podría ver nunca con indiferencia los atentados de una potencia europea que tendiesen á derribar por medio de la fuerza, ó á suprimir por medio de fraude, las instituciones republicanas de uno de los pueblos de la América del Norte. Vemos con sentimiento y como

una amenaza para la paz y la independencia de nuestro país, los esfuerzos de una potencia para implantar de nuevo, á las puertas de los Estados Unidos un Gobierno monárquico, sin más apoyo que la fuerza de un ejército extranjero.»

Tales eran las principales resoluciones contenidas en el manifiesto de Baltimore; no eran, como se ve, más que una franca aprobación de la política de Lincoln; la Convención le designó, unánimemente, para candidato á la presidencia, con Andrew Johnson para Vicepresidente. En los primeros momentos del escrutinio, sonó algunas veces el nombre del general Grant.

En las dos Convenciones de Cleveland y de Baltimore, los republicanos moderados y los radicales, no hablaban de compromisos. El Norte, empero, quería la rendición incondicional del Sud, en la creencia de un próximo y seguro triunfo.

Creían que después de las no interrumpidas victorias de Grant y Sherman, la rebelión caería bajo sus continuos golpes y que una vez tomados Richmond y Atlanta, á su caída seguiría la de la Confederación. Ninguna duda, ningún temor turbaba la seguridad de los autores del manifiesto que acabamos de resumir.

Su lenguaje era el de un jefe que acaba de someter á sus súbditos insurrectos y que recompensa á los servidores fieles y lleva al tribunal á los culpables. Con tales sentimientos se separó la Convención de Baltimore: seguros estaban todos sus miembros de que el año 1864 vería la reelección de Lincoln y la caída de la Confederación del Sud.

Pero, de la noche á la mañana, sucesos imprevisos cambiaron completamente la faz de los negocios.

Se frustraron los ataques de Grant contra Cold Harbor y Petersburg; no dió resultado un movimiento envolvente que Sheridan verificaba contra Lee; el Maryland se vió amenazado de nuevo y Sherman detenido por obstáculos inesperados en su marcha sobre Atlanta. Tales reveses hicieron decaer la confianza del Norte.

Al mismo tiempo se esperece por todos los Estados del Norte una proclama apócrifa.

En ella confesaba el presidente Lincoln pretendidas faltas que había cometido el general Grant, y ordenaba una nueva reserva á fin de reconstituir el ejército de Potomac, diezmado por las últimas derrotas y ahora expuesto, de un día al otro, á una completa destrucción.

Estas noticias eran un golpe mortal para el crédito de los Estados Unidos, y habían ocasionado

una baja espantosa en los fondos públicos, cuando se supo, para colmo de desdichas, la retirada del ministro de Hacienda, á quien, por su saber y su desinterés, debían los Estados leales el éxito de todas las medidas financieras, gracias á las cuales el Tesoro había logrado cubrir las atenciones de una guerra tan formidable.

La confianza parece perdida; el temor sucede á la esperanza y empieza ya á hablarse de conferencias con los rebeldes y no ya de aceptar, sino aun de ofrecer la paz.

Dos tentativas de arreglo entre los beligerantes se proyectaron durante tan sombrío período.

Algunos confederados que se encontraban en el Canadá escribieron, el 5 de Julio de 1864, á Mr. Horacio Greely que Mrs. Clemente C. Clay, del Alabama, Jaime P. Halcombe, de la Virginia, y Jorge N. Sanders, irían á Washington, en interés de la paz común, si se les concedía un salvo conducto. Como Greely sabía confidencialmente que tales enviados tenían plenos poderes del Gobierno de Richmond, no dudó en transmitir la proposición al presidente Lincoln. Le aconsejaba acoger á los confederados y aun le indicaba ciertas condiciones para admitir la paz. He aquí algunas de las bases sobre las que se proponía entablar negociaciones:

«La Unión restaurada y declarada perpetua; la esclavitud abolida por siempre jamás; amnistía completa para todos los ciudadanos que hubiesen tomado parte en la rebelión; indemnización á los dueños de los esclavos libertados; nueva repartición de los representantes y de los impuestos directos en los antiguos Estados esclavistas, según su población total, comprendidos los hombres de color; convocatoria de una Convención nacional encargada de ratificar las precedentes condiciones y de proponer las adiciones á la Constitución, que se creyeran útiles.»

Lincoln respondió á Greely, que podía ir él mismo al Canadá y ponerse en comunicación con las comisarías de los rebeldes, dándole, por todas instrucciones, la siguiente carta:

«Casa del Poder ejecutivo (Executive Mansion).

» Washington 18 Julio 1861.

» A quien de derecho corresponda:

» Todas las proposiciones que comprendan el restablecimiento de la paz, la integridad completa de la Unión, la abolición de la esclavitud y vengan de una autoridad reconocida por los ejércitos actualmente en guerra contra los Estados Unidos, serán recibidas y tomadas en consideración por este Poder ejecutivo, y encontrarán condiciones

generosas en las cuestiones esenciales y en las circunstancias secundarias; el portador ó portadores de parecidas proposiciones pueden venir con toda seguridad.

» Firmado: *Abraham Lincoln.*»

Lo que precede constaba al pie de la carta que el Presidente escribió á Mr. Greely, á continuación de su comunicación, carta que llevó el Secretario particular de Lincoln, mayor Hay. Parecida respuesta podía considerarse como una verdadera negativa de recibimiento. Clay y Halcombe sacaron de ella todo el partido posible, en un manifiesto al que se dió mucha publicidad, publicado para excitar el ardor del Sud y atraerle las simpatías de los ciudadanos que en el Norte esperaban impacientes el día en que se pudiese firmar una paz honrosa. Se acusaba al Gobierno de no haber acogido mejor los preliminares de los confederados del Canadá, y de querer continuar, á toda costa, una guerra ruinosa, cuyo éxito final era tan incierto como el primer día.

Felizmente se habían llevado á cabo otras negociaciones por parte del Gobierno de Richmond, que no tardaron en disipar toda clase de dudas sobre las verdaderas disposiciones del Sud.

El Reverendo Jaime J. Jaques, del Illinois, y Mr. J. R. Gilmore, de Nueva York, se habían presentado, sin conocimiento de Lincoln, en la capital de los confederados para entablar negociaciones de paz. Obtuvieron del Presidente Davis una audiencia, en la que éste les expuso claramente su *ultimatum*.

«Deseo, tanto como vosotros, la paz, les dijo; deploro como vosotros tanta efusión de sangre; pero ni una sola gota de la sangre derramada en esta guerra ha manchado mis manos, y esto puedo decirlo en presencia de Dios. He hecho todo lo que de mí dependía para evitar esta guerra. La veía venir, y durante doce años he trabajado noche y día para contenerla; pero no lo he logrado. El Norte estaba sordo y ciego; se negaba á que nos gobernásemos nosotros mismos y la guerra ha llegado; ahora la continuaremos hasta el fin, hasta que caiga el último hombre de nuestra generación, y aun después, nuestros hijos tomarán el fusil y continuarán nuestro combate, á menos que reconozcáis nuestro derecho de Self Government. *Nosotros no nos batimos por la esclavitud: combatimos por la Independencia y queremos Independencia ó exterminio.*»

Cuando sus huéspedes se dispieron de él, Davis les saludó con estas últimas palabras:

«Decid á Lincoln de mi parte que recibiré con gusto, en todo tiempo, toda proposición de paz basada en el reconocimiento de nuestra independen-

cia. Será completamente inútil dirigirse en otras proposiciones.»

No se podía ser más explícito; comprendióse perfectamente que la Confederación quería hacer reconocer su independencia, y que los rebeldes preferían una completa ruina á su vuelta á la Unión. El conocimiento de estas disposiciones valía más que una victoria para la causa de la Unión. En efecto, la oposición en los Estados leales había creído hasta entonces que el Sud combatía menos contra la Unión que en favor de la esclavitud y que bastaría el subir al poder el partido democrático para calmar sus temores y traerles á la Constitución; pero después de las declaraciones de Davis, ya no quedaba duda alguna, y sin embargo, el partido democrático no cejó en sus esfuerzos para derribar á Lincoln y sustituirle por el general Mac-Clellan.

Este, que alimentaba la esperanza de llegar á la presidencia, pronunció al abrirse la Asamblea un enérgico discurso contra la continuación de la guerra, en una forma moderada, á pesar de todo. Pero ¡qué arengas más violentas se pronunciaban desde los balcones vecinos á la sala de los delegados! Veinte oradores se disputaban la multitud, que aplaudía con frenesí todas las injurias ó acusaciones que se dirigían á Abraham Lincoln. De trecho en trecho se veía á un ciudadano que sostenía un transparente en cuyas caras se leían divisas y sentencias de la calaña siguiente:

«*Lincoln ha arruinado al país en cuatro años—queremos nuestros derechos—pedimos nuestra libertad—que se nos devuelva el Habeas corpus.*»

» *La Unión, la Constitución y Litthe Mac.*

» *Old Abe es un caballo; Mac-Clellan un caballero.*

» *¡Basta de Springfield! ¡Viejo charlatán, ya no queremos tus drogas!*»

Los discursos se hermanaban con estos lemas. Acerquémonos á uno de los tablados al aire libre, en donde, en el intermedio de trozos de una música chillona, habla uno de los oradores más populares de New-Jersey, el reverendo C. Chanucey Burun. Todas sus simpatías son para los rebeldes. Escuchadle:

«No tenemos derecho para quemar sus cosechas y robar sus pianos, sus cubiertos y sus joyas. Lincoln ha robado millones de negros y robar un negro es como robar 10,000 cucharas. Se ha dicho que si el Sud deponía las armas se le abrirían las puertas de la Unión; el Sud no debe, obrando honradamente, deponer las armas porque combate por su honor. Dos millones de hombres se han empleado para destrozarse al Sud y las bajas del ejér-